

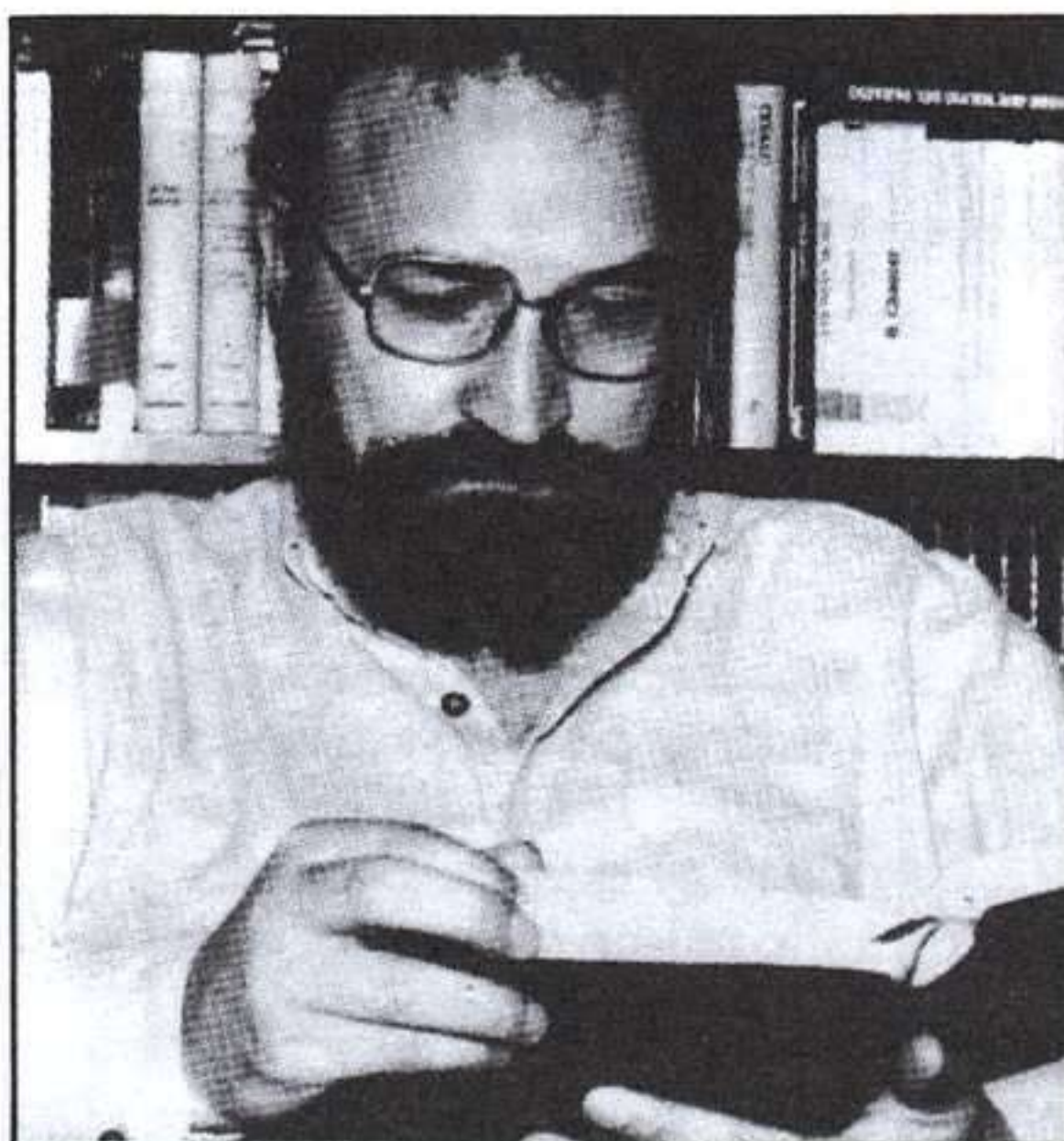


JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, MADRID: ANAYA, 1993.

Otro *Quijote* tenemos

por Emilio Pascual*

Hace tiempo el crítico francés Paul Souday, aludiendo al aluvión de ediciones de los *Cuentos de Antaño*, aseguraba que en Francia llovía Perrault. Yo mismo, en una época en que, con menos años y más atrevimiento, osé anotar un *Quijote*, escribí en la primera línea de la «Advertencia preliminar»: «Y muchos se dirán con ira: ¿Otro *Quijote* tenemos? ¿No bastan los pasados?». Con esta frase me remitía al redactor último de la traducción de Cide Hamete Benengeli, que daba a don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, para que nadie le levantara nuevos testimonios, «pues —decía— bas-



Emilio Pascual.

tan los pasados». Y así, tal vez nunca habría aventurado mi tordesillesca mano en otra edición, de no haberse interpuesto una conjunción de azares, paralela al descubrimiento de Tlön Uqbar y Orbis Tertius: ella hizo que diera con José Ramón Sánchez, como Sancho dio —que no topó— con la iglesia del Toboso. Ver su trabajo fue como un *coup de foudre*. Enseguida me acometió un deseo incontenible de editarlo.

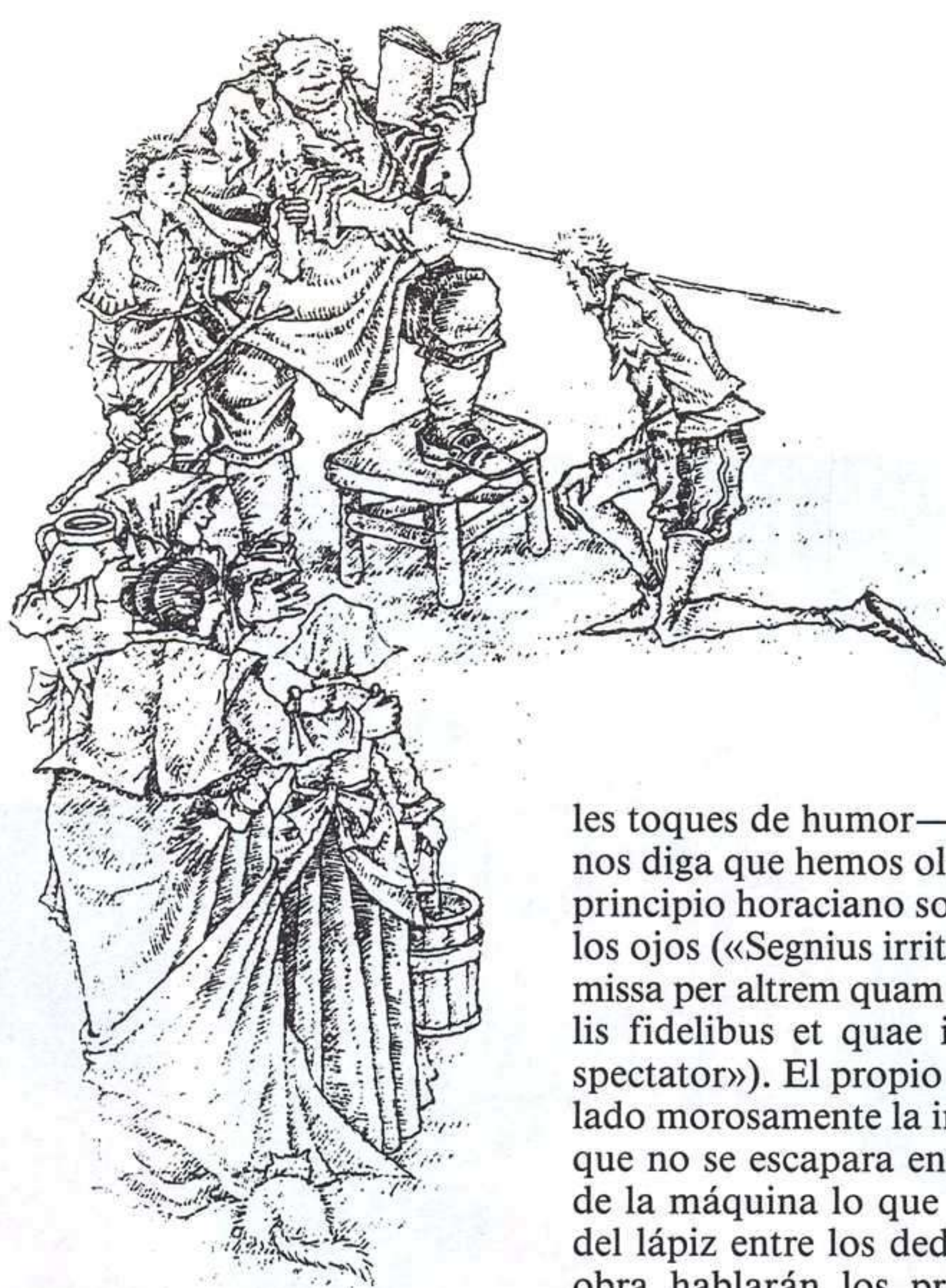
Relacionarse con don Quijote —aunque sólo sea desde el punto de vista editorial— siempre es una experiencia enriquecedora. Él, que no desdénó administrar a los cabreros el sa-

cramento de la palabra, siempre supo que nunca faltaría un sabio encantador que contara su historia, ni editores que la divulgaran hasta conseguir imprimirla «treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia», de modo que no quedara «nación ni lengua donde no se traduzga». Sin embargo, la responsabilidad de hacerlo otra vez también a mí me tenía suspenso y, como el prologuista, «el codo en el bufete y la mano en la mejilla», alguna vez sentí la tentación de dejar a don Quijote sepultado en el estudio del pintor, si no hubiera recordado las propias palabras de don Quijote a un don Juan, lector de Avellaneda, con quien topó acaso: «Retráteme el que quisiere, pero no me maltrate» (II, 50).

Retratarlo y no maltratarlo. Esta edición pretende ser un testimonio del respeto y veneración que siempre tuve «a las cosas de mi señor don Quijote», respeto y veneración que no hubiera sido posible poner por obra, de no haber contado primero con las numerosas vigiliadas y prolongados ejercicios espirituales a que José Ramón Sánchez, penitente en su Sierra Morena particular, se sometió en busca del rostro y aun del corazón del Caballero; con el encierro de Ángel Basanta en su abadía, quizá no tan sobrecogedora como la de Fray Guillermo de Baskerville, aunque más eficaz, si bien estuvo a punto de tener su víctima, de hepatitis, ya que no de veneno; y en fin, con la apuesta incondicional de Anaya Educación en general y el apoyo de Antonio Basanta en particular, cuando nos debatíamos en las indecisas regiones del sueño.

Respeto asimismo a los lectores. Porque de todos es sabido que, en estos *Quijotes*-objeto, suele ser habitual perfilar primorosamente el continente, olvidando lastimosamente el contenido. En esta edición, nosotros quisimos, por supuesto, que nadie pudiera quejarse de la belleza de la edición, avalada ya por el ingente trabajo de José Ramón; pero también

JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, DON QUIJOTE DE LA MANCHA, MADRID: ANAYA, 1993.



quisimos que el texto fuera impecable y la anotación escrupulosa. Útil y completa al mismo tiempo, para que el lector que no se conforme con ver pueda también leer y comprender. Y a veces compagine ambas cosas, como esa novedad de ilustrar las notas —donde el ilustrador ha derrochado imaginación y documentación a partes iguales, sin olvidar algunos suti-

les toques de humor—, porque no se nos diga que hemos olvidado el viejo principio horaciano sobre los oídos y los ojos («Segnius irritant animos demissa per altrem quam quae sunt oculis fidelibus et quae ipse sibi tradit spectator»). El propio pintor ha vigilado morosamente la impresión, para que no se escapara entre los rodillos de la máquina lo que había brotado del lápiz entre los dedos. Pero de su obra hablarán los propios autores: ellos dirán lo que han hecho; y los lectores, si lo hemos conseguido.

Si algo puede reprocharse a esta edición, es que no hemos sabido combatir un defecto derivado de la fórmula masa por gravedad: en efecto, el resultado son ocho suculentos kilos de *Quijote*. ■

* Emilio Pascual es director editorial de Anaya.

Más de 15 años con Cervantes y el *Quijote*

por Ángel Basanta*



Ángel Basanta.

Me considero un privilegiado por haber podido intervenir tan directamente en la edición de este *Quijote*. Los dioses y algunos amigos de la editorial Anaya han querido que parte de esta empresa para mí estuviese guardada. En ella confluyen las muchas horas de estudio dedicadas a Cervantes durante los últimos quince años de mi vida, tal vez los mejores.

Mi relación más o menos académica con el *Quijote* comenzó en la Universidad de Santiago. Allí tuve de maestro a Enrique Moreno Báez, autor de unas enjundiosas *Reflexio-*